

Y en Madrid, en París, en Roma, en la Argentina
Te aguardan... Dondequiera tu cítara divina
Vibró, su son pervive, sereno, dulce, fuerte...

Solamente en Managua hay un rincón sombrío
Donde escribió la mano que ha matado a la Muerte:
—Pasa, viajero; aquí no está RUBÉN DARÍO.

MANUEL MACHADO.

Elegía a la muerte del maestro.

Una siringa, y un tirso y un estro
Cubren la tumba del alto maestro
Padre Rubén, padre Rubén...

Y una elegía, que cruza los mares,
Lleva la angustia que tantos lugares
Lloran por él, lloran por él...

Dió en Nicaragua a la tierra tributo...
Numen y Apolo se visten de luto
Por el cantor, por el cantor...

Marte detiene un instante el concierto,
Y se descubre al pasar este muerto,
Verbo de amor, verbo de amor...

Tierra le dan en su tierra nativa...
Pero su voz luminosa está viva
Por siempre amén, por siempre amén...

Y en su inmortal armonía poética
Se oye una voz, que murmura profética:
«Vive Rubén, vive Rubén...»

¡Padre Rubén, que me diste la vida!..
¡Padre Rubén, en tu voz elegida
Vi la verdad, vi la verdad!..

Tú me enseñaste, en la red de tu verso,
A recoger todo el gran universo
En su unidad, en su unidad!..

Padre Rubén, que, sonoro y profundo,
Todas las voces sonaste del mundo,
Como organista de gran catedral!..

Padre Rubén, en tu gran armonía
Tuvo un tesoro de polifonía
La polifónica voz musical!..

Padre Rubén, que cruzaste el Atlante,
Y, cabalgando en un monstruo pujante,
Diste en París con el triste Verlaine!..

¡Padre Rubén, que en París, con el triste,
Del ponzoñoso veneno bebiste!...
¡Padre Rubén, padre Rubén!...

Padre Rubén, que, como Edgar, tenías
Llena la copa de melancolías
Por olvidar, por olvidar...

No te sació de los Andes la altura,
Ni la pelada manchega llanura,
Ni el ancho mar, ni el ancho mar...

Porque en tu espíritu estaban más grandes
Todos los mares y todos los Andes,
Llenos de luz, llenos de luz...

Y fuiste, en yate o vagón, pasajero,
Embajador del amor y viajero
De la inquietud, de la inquietud...

Era tu musa concreta y ambigua...
Era elegante, moderna y antigua
Y era genial, y era genial...

Fuiste con Píndaro, en Grecia, pagano...
Fuiste con Dante, en Italia, cristiano,
Y cortesano, en París, con Ronsard...

Tú, que a Verlaine, con tu ritmo vibrante,
Como en el rito de un gran hierofante
Diste oración, diste oración;

Deja que diga en tu muerte la mía,
Ya que te doy con tan pobre armonía
Mi corazón, mi corazón...

Yo, que te amé con amor sacrosanto,
Quiero llorar y ofrecerte mi llanto
Con mi laurel, con mi laurel...

¡Mirtos y rosas están en espera
De coronar esa gran calavera
Donde los vermes hoy liban tu miell...

Traga la tierra al dragón y al cordero...
Traga al monarca como al pordiosero,
Sin descansar, sin descansar...

Y este maldito apetito que crece,
Padre Rubén, tu palabra enmudece
Sin perdonar, sin perdonar...

Suene la flauta, y el mirto y el estro,
Para cantar por el alto maestro,
Que la siringa sonó y el rabel...

¡Mieles nos dió su armonía y su prosa,
Y cada rosa que brote en su fosa
Para la abeja será nueva miell...

Padre Rubén, a quien yo reverencio:
Dios te acompañe en tu eterno silencio;
A descansar, a descansar...

¡Pero tu espíritu no halla reposo,
Y eternamente se mueve armonioso,
Como la mar, como la mar!

LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN.

In memoriam.

¡Oh, fídice magnífico, dueño de la armonía;
Peregrino encantado de una selva ilusoria,
Que hiciste de esta vida, pequeña y transitoria,
La lírica entelequia del griego que en ti había!

Ungió tu corazón de luz el rey del día,
Y el alma pura tuya, selene y amatoria,
¡Soñó sobre los lirios, veló sobre la gloria,
Nostálgica de mundos, ebria de melodía!

¡Oh, príncipe, elegido de las musas sagradas!
Ante tu fosa, el tiempo renovará los lauros.
¡Te elevarán los cisnes hacia la mar futura!

Para ti se han abierto las elíseas moradas,
¡Para ti, que poblaste de ninfas y centauros
Los bosques mitológicos que amaba tu alma pura!

RAFAEL LASSO DE LA VEGA.

La vuelta del cóndor.

I

Poeta de los Andes, en tu anhelo,
Como un enorme cóndor pensativo,
Triste mirabas el zafir del cielo,
Desde la cima del peñón nativo.

Cual si quisieras desgarrar el velo
—tu carne ardía como mármol vivo—,
armonioso y audaz, tendiste el vuelo
y, como el cóndor, te alejaste altivo.

Llenas de sol y ebrias de azul las alas
 A través de Atlántico sonoro,
 Llegas solemne ante el altar de Palas.

La diosa, con amor, besa tu frente,
 Y en tu gran corazón, urna de oro,
 Cesa ya de rugir un Continente...

II

Pan te presta la flauta en la espesura,
 Y es cada verso que tu amor burila,
 Un diamante que tiembla y que fulgura,
 Como gota de llanto en la pupila.

Tu Musa fuerte y, como fuerte, pura,
 Gana el heleno Parthenón tranquila,
 En rojo cáliz el champaña apura,
 Copos de lumbre con los astros hila.

Con el Dios-hombre su dolor hermana,
 Con Diampios su canto desenfrena,
 Con el laurel de Apolo se engalana,

Con el viejo tritón lucha en la arena...
¡Así tu Musa, para orar, cristiana,
Y para el goce y para el canto, helenal

III

Con el laurel y con el verde olivo,
Glorioso, sí, pero sin un anhelo,
Volviste hacia los Andes pensativo,
Cóndor-cantor, acostumbrado al vuelo.

Y allí, a la gloria y al amor esquivo,
Te contemplaste a solas con tu duelo,
Sobre la cima del peñón nativo,
Bajo la comba del zafir del cielo.

Para encerrar tus restos dignamente
Megalómano audaz, hiciste fosa
Toda la magnitud de un Continente...

¡Vivir supiste y explorar lo arcano,
Y morir con el alma silenciosa,
Como un antiguo semidiós pagano!

ALFONSO CAMÍN.

Homenaje.

Ha muerto Rubén Darío:
¡El de las piedras preciosas!

Hermano, ¡cuántas noches tu espíritu y el mío,
Unidos para el vuelo cual dos alas ansiosas,
Sondar quisieron ávidos el Enigma sombrío,
Más allá de los astros y de las nebulosas.

Ha muerto Rubén Darío:
¡El de las piedras preciosas!

¡Cuántos años intensos junto al Sena vivimos,
Engarzando en el oro de un común ideal
Los versos juveniles, que, a veces, brotar vimos
Como brotan dos rosas a un tiempo en un rosall

Hoy, ya tu vida, inquieta cual torrente bravío,
En el Piélago arcano desembocó; ya posas
Las plantas errabundas en el islote frío
Que pintó Böcklin..., ¡ya sabes todas las cosas!

Ha muerto Rubén Darío:
¡El de las piedras preciosas!

Mis ondas, rezagadas van de las tuyas; pero
Pronto, en ese insondable y eterno mar del Todo,
Se saciará mi espíritu de lo que saber quiero:
Del Cómo y del Porqué, de la Esencia y del Modo.

Y tú, cual en Lutecia las tardes misteriosas
En que pensamos juntos a la margen del río
Lírico, habrás de guiarme... ¡Yo iré donde tú osas,
Para robar entrambos al musical vacío
Y al coro de los orbes sus claves portentosas!

Ha muerto Rubén Darío:
¡El de las piedras preciosas!

AMADO NERVO.